

Todo el año es carnaval

DESDE sus orígenes,

que se pierden en la noche de los tiempos —las fiestas de Apis e Isis en Egipto, las griegas de Dionisio, o las romanas de Saturno— el carnaval se asocia a la fiesta popular, a la transgresión lúdica y un tanto exhibicionista. Pero también representa la máscara que simboliza el fingimiento y el engaño tras la que se esconde el verdadero rostro de los hombres. En esta segunda dimensión, por momentos, percibimos que la máscara se impone en casi todos los órdenes de nuestra vida y en todas las épocas del año. Tal vez, al escuchar los ritmos carnaavalescos, sea oportuno reflexionar sobre las ocasiones en las que preferimos cubrir nuestra realidad con la máscara del disimulo.

Ya decía el lingüista Mockett que una de las propiedades diferenciales del lenguaje humano, frente a cualquier otro sistema de comunicación animal, es la que se denomina —lejos de toda implicación jurídica— «prevaricación», propiedad que «se halla en la base de la mentira, de la ficción, del error, de la superstición». Y aunque gracias también a esta propiedad el hombre es capaz de desarrollar una rica literatura fantástica o incluso una hipótesis científica, una ligera mirada a nuestro alrededor nos revela que la propiedad funciona como una máscara engañosa en muchas circunstancias: en la política, en la cultura, en la sociedad y hasta en nuestro interior más recóndito.

Las máscaras políticas

TRAS las caretas que se ajustan a la faz de los rivales políticos solemos descubrir las mismas ambiciones de dominio personal omnímodo, alejado del bien común al que proclaman servir. Máscara y disfraz, por ejemplo, cuando los defensores de la seguridad ciudadana contra el terrorismo se desvelan como posibles inductores o responsables del terrorismo de Estado; o cuando, en el momento de comparecer ante los jueces figuras respetables de la política, se dan a conocer tantos escándalos que llegan a agotar nuestra propia capacidad de asombro.

Llegamos a pensar que el supuesto pragmatismo político no es más que el arte del disfraz, como decía Thiaudirère con oportuno cinismo, en el siglo pasado: «La política es el arte de disfrazar de interés general el interés particular». Y es entonces cuando, ante los rostros afables y sonrientes de los políticos que nos anuncian en carnavalescos mítines bienestar y trabajo, nos preguntamos si no estaremos frente a otras máscaras engañosas.

La sociedad también se pone máscaras

PERO no sólo de la política provienen los desvelamientos: también la sociedad mitifica disfraces supuestamente ejemplares hasta que los hechos demuestran cuál es el verdadero cuerpo al que se adhieren. La máscara se descascara cuando el fingido paladín de la lucha contra la droga se descubre como el «padrino» de una red de traficantes; cuando el «brillante banquero», honra y loor de las finanzas, modelo de las jóvenes generaciones, se revela como responsable de fraude y estafa millonarios; o cuando el implacable juez traiciona nuestras esperanzas, puestas en la imparcialidad de su dictamen contra el corrupto.

Y también son frecuentes los engaños en la escurridiza materia cultural. Las galerías y museos de arte contemporáneo traicionan en ocasiones nuestra buena fe con

obras «vanguardistas» que, a pesar de sus cotizadas firmas, no anulan la suspicacia de que la supuesta modernidad equivalga a disimulo de incompetencia. Las ayudas oficiales sufragan proyectos sin sentido a los que se denomina eufemísticamente «culturales»; y en otros de este indudable valor se multiplica por varias cifras el presupuesto inicial, no se cumplen plazos, se precipitan en forma de lámpara las incompetencias técnicas... Todo ello, obviamente, con el dinero de todos los ciudadanos, lo que transforma la sensación de engaño en sentimiento de traición.

Las máscaras interiores

SON tantos los fraudes a nuestra confianza y tantos los desvelamientos que incluso llegamos a sospechar que el rostro descubierto no sea sino otra máscara.

Pero estas evidencias que proceden del exterior no deben sumirnos en el cómodo «todos mienten». Por el contrario, han de servir de aviso y llevarnos a la reflexión para ver hasta qué grado también nos escondemos tras máscaras interiores.

¿No nos disfrazamos acaso de solidarios cuando hacemos donativos a las sufrientes víctimas de conflictos bélicos —eso sí lejanos—, y la máscara descubre insolidaridad y hasta intolerancia cuando se trata de ayudar al inmigrante, al pordiosero o al drogadicto próximos? ¿Es nuestro verdadero rostro o simplemente una máscara nuestra prédica en favor de los humildes, de los pobres? A pesar de tanta generosidad, el abismo entre éstos y los ricos es cada vez más profundo.

¿Somos, en fin, conscientes de todas las máscaras que empleamos en nuestro diario existir, frente al hijo al que sólo reprendemos de acuerdo con nuestro papel de padres?

No todo el año ha de ser carnaval

EN el baile de máscaras nadie conoce quién es el que se oculta tras el disfraz animal, pero nos gusta y divierte el equívoco. En nuestra vida de todos los

días, este equívoco puede aportarnos consecuencias desagradables: nos podrían sumir en la desconfianza patológica hacia el otro, en el escepticismo más radical o, peor aún, en la aceptación de que «todo vale». Todos estos estados no conducen ni al cambio positivo ni a la modificación de la realidad. Tampoco la aceptación de que «simplemente todo el año es carnaval» sin más, en el sentido de «todos mienten», nos estimula positivamente: ¿No estaríamos enmascarando nuestra responsabilidad si siempre atribuyéramos a los otros la tendencia al antifaz, en lugar de luchar decididamente por la verdad que consideramos necesaria?

FRENTE a tanta máscara, hemos de hacer que recobren su verdadero rigor la sinceridad interior, la responsabilidad profunda, la coherencia entre lo que proclamamos y lo que hacemos. Lucrecio decía que «Cuando la necesidad nos arranca palabras sinceras, cae la máscara y aparece el hombre»; y tal vez sea el primer paso hacia la sinceridad la conciencia de su ausencia y de su necesidad en la vida pública y en nuestra propia intimidad. Pero no basta con esta certeza ni con los lamentos plañideros por la sinceridad ausente: debemos actuar con todos los medios a nuestro alcance.

Podemos responder a los fraudes de las máscaras culturales y sociales con el rechazo valiente de los falsos ídolos, sin que nos importe el «estar fuera de época» tan impopular; y no con el papanatismo que aprueba sin criterio todo lo nuevo por el simple hecho de serlo. Y ante el «todo vale» en la moral pública y privada, que puede llevar a la imitación servil y sin complejos de modos corruptos e inmorales —ies tan fácil y a la vez tan tentador justificar la propia corrupción por la evidencia de la ajena!—, responder con el ejercicio de una ética sin fisuras en nuestra esfera inmediata...

Sólo con nuestra firmeza en este sentido, y aunque sólo sea por la suma de acciones individuales, podrá iniciarse la generalización de esta exigencia ética de honestidad y de verdad en torno a la que hemos reflexionado gracias al carnaval.